

Eduardo Dargent Bocanegra

Demócratas precarios

Élites y debilidad democrática
en el Perú y América Latina

Segunda edición

IEP Instituto de Estudios Peruanos

Índice

Prólogo a la segunda edición	11
Introducción	19
Capítulo I Una región de demócratas precarios.....	27
Capítulo II ¿Democracias más consolidadas que precarias?	45
Capítulo III ¿Élites democráticas?.....	63
Capítulo IV Perú 1980-2008.....	79
Capítulo V Sociedad, Estado y élites en América Latina.....	99
Conclusión ¿Exorcizando a los demócratas precarios?	111
Bibliografía	115

Prólogo a la segunda edición

Este prólogo a la segunda edición de *Demócratas precarios* (DP) quiere, como se acostumbra, responder a las críticas que ha recibido el libro desde su publicación en octubre de 2009. Pero al comenzar la tarea de identificar dichas críticas me percaté de un problema: el interés del público que agotó la primera edición no guarda relación con su interés académico. DP se vendió más rápido de lo que llegaron las críticas de mis colegas académicos.

No vean en este comentario un intento de reivindicar la calidad académica de mi libro por sus ventas. Es claro que volumen de venta no es sinónimo de calidad, y además 1000 ejemplares no es récord de nada. Mi propósito al mencionar esta ausencia de crítica es, por un lado, explicar por qué en los siguientes párrafos debatiré con críticos anónimos. Pero además porque me parece importante resaltar un problema serio de la academia de ciencias sociales en el Perú: el desinterés en lo que producimos, la ausencia de crítica y debate.

Este desinterés académico no es nuevo. *Los espejismos de la democracia* de Martín Tanaka (IEP, 1998) ha sido más discutido entre académicos anglosajones que dentro del Perú, y sigue esperando una buena reseña crítica. *El nacimiento de los otorongos* (IEP, 2007) de Carlos Iván Degregori y Carlos Meléndez plantea una serie de temas interesantes sobre el Congreso peruano que no han recibido la atención que merecen. *Ni amnésicos ni irracionales* de Alberto Vergara (Solar, 2007) y su explicación estructural del voto en el Perú todavía no tiene comentarios de fondo. Más recientemente, *La iniciación de la política* (PUCP, 2010) de Vergara y Meléndez, volumen

que reúne artículos de la nueva generación de científicos políticos peruanos, espera comentarios. Hay excepciones a este desinterés, sin duda. Por ejemplo, la detallada crítica que realiza Carlos Iván Degregori a diversos estudios sobre Sendero Luminoso en el Perú en *Qué difícil es ser Dios* (IEP, 2011). O las columnas periodísticas de Martín Tanaka. Pero son casos aislados.

La ausencia de interés en lo que producimos, que atraviesa edades, perspectivas teóricas y comunidades académicas, tiene un costo muy alto para la calidad del trabajo académico. Que no haya crítica y debate hace que se pueda escribir con impunidad. El silencio de la crítica conduce a la ociosidad académica, a bajar la guardia, a no afilar los conocimientos y a no actualizarse. Todos perdemos pues no cuestionamos nuestras certezas ni tampoco clarificamos lo que necesita ser aclarado.

Así es que en este prólogo responderé a críticas que nadie me ha hecho por escrito. Me baso en lo conversado con algunos amigos, colegas y periodistas, en lo señalado por alumnos en clases propias y ajenas, y en los comentarios y preguntas recibidas en un par de presentaciones en Lima y Puno. Concluyo con algunos apuntes sobre el proceso electoral del 2011.

El argumento y sus críticas

La tesis central del libro es que en el Perú y en varios países de América Latina las élites de derecha y de izquierda son estratégicas en su apoyo a la democracia. Cuando las élites de ambos lados del espectro político perciben que un gobierno puede avanzar sus intereses por medios autocráticos, lo apoyan con entusiasmo. En cambio, cuando sus intereses son amenazados por un gobierno abusivo, invocan la democracia para defenderse. “Demócratas” pues lo son cuando están asustados; “precarios”, ya que abandonan la democracia cuando les conviene.

El caso peruano, el principal del trabajo, calza bien en el argumento. Con Alberto Fujimori la derecha fue autoritaria y la vieja izquierda —esa que veía en la democracia liberal la careta de la explotación— valoró las garantías democráticas. El ascenso electoral de Ollanta Humala en el 2006 mostró a élites de derecha usando argumentos democráticos para criticarlo y a un sector de la izquier-

da minimizando la importancia de las reglas democráticas. Las mismas reglas que invocaron para defenderse de Fujimori, claro. Como sabemos, a la derecha el susto apenas le duró unos meses y pronto pasó al optimismo de mercado y su poco interés en reforzar instituciones democráticas. ¿Qué críticas he escuchado al argumento?

Primera crítica: el libro exagera al colocar a las élites como “el” factor determinante para la estabilidad democrática. Creo que dicha crítica parte de una lectura superficial del trabajo. En el tercer capítulo dejo en claro mi dudas sobre teorías que ven en las élites el inicio y el fin de la consolidación o caída de la democracia. Como discuto en extenso en el capítulo quinto, las causas de la inestabilidad democrática en América Latina son profundas (desigualdad, debilidad del Estado) como para sostener que la conducta de las élites sea un factor suficiente para consolidar este régimen político. En el trabajo, también queda claro que los límites a la concentración del poder trascienden lo que hagan o dejen de hacer las élites. Más adelante discuto con mayor amplitud sobre esos límites.

Propongo algo más modesto: la conducta de las élites frente a gobernantes que las favorecen es clave para limitar la concentración del poder en América Latina. En la región ya existen condiciones medianamente positivas para que se adopte la democracia como régimen político, por lo que la acción de las élites es un factor relevante para consolidarla o sepultarla. Un límite crucial a la concentración del poder es que quienes están de acuerdo con los valores de un líder antidemocrático sean quienes se opongan a él. Esta crítica de sus aliados naturales quita legitimidad a estos líderes. Por ejemplo, la tecnocracia colombiana limitó el poder de Álvaro Uribe al criticarlo por su personalismo a pesar de sus coincidencias económicas, mientras que la tecnocracia peruana ni se inmutó ante los excesos de Alberto Fujimori. Los tecnócratas colombianos restaron legitimidad a un líder que decía actuar en nombre del bienestar nacional, mientras que los peruanos justificaron sus acciones en nombre del libre mercado. En mi argumento, entonces, las élites son un factor importante para reducir peligros autoritarios, pero no el único.

Segunda crítica: el libro exagera al responsabilizar por igual a la izquierda y a la derecha por la caída de la democracia en América Latina, cuando es evidente que la derecha es mucho más fuerte y más responsable de las caídas democráticas. En el Perú, por

ejemplo, no es justo equiparar a poderosos empresarios, medios de comunicación y militares con sindicalistas, intelectuales y técnicos de izquierda. Estoy en parte de acuerdo con esta crítica, pues debí ser más claro en señalar que la alianza militares-clases altas ha sido más común para hacer caer la democracia en la región. Las élites económicas son oponentes formidables para gobiernos de izquierda que afecten sus intereses y aliados poderosos de líderes autoritarios de derecha. En la mayoría de nuestros países, los líderes sindicales o académicos de izquierda no tienen un poder similar.

Sin embargo, lo que mi argumento resalta es el papel negativo que juegan las élites de izquierda en la caída de la democracia, no que tengan más o menos poder que las de derecha. Sostengo que el apoyo de las élites de izquierda a un gobernante que busca concentrar poder, por débiles que estas élites sean, no es nunca irrelevante, pues fortalece y legitima este esfuerzo autoritario (p. 93). Quien gobierna, ya cuenta con armas muy poderosas para amenazar la democracia si decide hacerlo. Cuando un líder de izquierda llega al gobierno y opta por avanzar su agenda por métodos autoritarios, tiene suficientes recursos a su disposición para oponerse a las élites de derecha. Ejemplos sobran en la región. El régimen de Velasco redujo el poder de esas élites agrarias que poco tiempo antes eran consideradas “dueñas” del Perú. Perón dividió a la élite económica argentina utilizando políticas que favorecían a los sectores industriales y perjudicaban a los sectores agrarios. El control del gas otorga a Evo Morales recursos para limitar el poder de los empresarios que se oponen a su gobierno. De Chávez ni hablemos. Entonces, no se trata de igualar estos peligros, sino señalar que las élites de ambos lados del espectro político han respondido a tentaciones autoritarias cuando han podido, y que su apoyo fortalece y legitima a líderes autoritarios. Son menos poderosas, pero igual de cómplices.

Este tema me lleva a un punto que creo merecía más atención en el trabajo, y comentarios más sistemáticos que los apuntes desordenados que presento a través del texto. Podría haber incluido un esbozo de los factores que explican la mayor o menor resistencia a líderes autoritarios/plebiscitarios en la región. ¿Qué explica que en algunos países estos líderes logren derrumbar la democracia y en otros no? ¿Qué resistencias y oportunidades tienen los líderes de izquierda y derecha autoritarios en la región? Si bien un líder autoritario que busca concentrar poder desde el Estado siempre es

peligroso, tendrá límites distintos en cada país, y estos límites a su vez dependerán del tipo de propuestas que defienda. Dichos límites incluyen factores de economía política como la importancia del Estado sobre la economía, poder e importancia de actividades económicas privadas para la economía nacional, importancia económica de las regiones frente al gobierno central, entre otras. Asimismo, aspectos institucionales como el poder de los partidos políticos de oposición o el grado de independencia de las Cortes, por ejemplo. Además, claro, de la conducta de las élites frente al poder.

Estos factores pondrán más o menos límites a esfuerzos autoritarios en cada caso. Como el Estado controla una enorme renta petrolera y la actividad económica privada en Venezuela depende en gran medida del Estado, Hugo Chávez no tiene en el empresariado un enemigo muy poderoso para limitar su poder. Evo Morales, por su parte, no concentra tanto poder como Chávez por ser más democrático que el venezolano, sino porque en Bolivia hay una fuerte resistencia empresarial en algunas regiones con intereses económicos divergentes a los del gobierno. En Colombia las instituciones políticas, especialmente las Cortes y el Banco de la República, fueron un límite para Uribe, pero no necesariamente lo fue la clase empresarial beneficiada por sus políticas de mercado. El caso peruano muestra a una derecha empresarial apoyando activamente a Fujimori al coincidir con sus políticas económicas, pero ese mismo poder privado seguro se opondrá a la concentración de poder de un gobernante de izquierda. El libro hubiese perdido foco si me dedicaba a presentar una teoría general de las resistencias democráticas a líderes plebiscitarios, pero es sin duda un aspecto al que pude darle más de atención. Alberto Vergara y yo estamos comenzando a trabajar en dicho proyecto.

Finalmente, una crítica muy precisa se refiere a que mi argumento general inicial sobre la débil fidelidad democrática de las élites luego va concediendo excepciones a través del texto hasta ser mucho menos general. Primero señalo que Costa Rica, Chile y Uruguay son democracias sólidas por diversos factores, entre ellos contar con élites más democráticas. Luego indico que Brasil y México, a pesar de sus problemas, muestran más solidez democrática por el peso de sus élites políticas y sus partidos (pp. 72-73). Un tercio de casos contrarios a mi teoría en la región son bastantes para una tesis que se presenta en las primeras páginas como general. Concedo

el punto, pero me refugio en los otros dos tercios de países donde las élites siguen siendo estratégicas en su apego a la democracia para defender la relevancia del argumento.

La elección del 2011 (y el futuro)

Además de mi interés en los regímenes políticos comparados, escribí este libro motivado por la preocupación de que un gobierno fujimorista o nacionalista llegase al poder en el 2011. Tenía, y tengo, dudas sobre la fidelidad a la democracia de estos dos movimientos. Señalé que “si una de estas opciones plebiscitarias gana la elección tendremos una excelente oportunidad de probar mi teoría y observar cuán resistente es realmente la democracia” (p. 97).

¿Qué tan peligrosos son estos candidatos para la democracia? ¿Qué predice mi argumento sobre el papel que jugarían las élites si el ganador opta por una ruta autoritaria? Siguiendo la lógica del libro, sostengo que el control del Estado hace a un gobierno nacionalista un peligro autoritario que no debe ser minimizado. El Estado ofrece recursos para debilitar incluso a aquellos sectores poderosos que hoy se oponen a Ollanta Humala con virulencia. De tomar una ruta plebiscitaria, no me sorprendería que goce del apoyo de élites intelectuales y sindicales de izquierda. Esperaría que estas élites justifiquen límites a la libertad de expresión o la construcción de vínculos clientelistas desde el Estado en nombre de una futura democracia real e igualitaria.

Pero el nacionalismo parece tener más límites delante que el fujimorismo. Si Keiko Fujimori toma la ruta autoritaria seguro gozará de una actitud mucho más complaciente por parte de quienes hoy por hoy tienen más poder en el Perú: empresarios mineros, exportadores, instituciones financieras, medios de comunicación. La conducta de estos sectores en la campaña muestra claramente que los demócratas precarios de derecha siguen vivos, y que probablemente apoyarán a un gobierno fujimorista que vuelva a cometer abusos. Esa derecha empresarial se acuerda de la democracia y las instituciones cuando está asustada. Patético escuchar a quienes no dieron importancia a los derechos humanos o al control de medios en los años noventa hacerse hoy cruces por Madre Mía y la libertad de expresión. No me sorprendería que los mismos que hoy dicen

desde la prensa que Keiko no representa un peligro autoritario sean los que pidan más mano dura contra protestas sociales o que celebren las derrotas de sus odiados “caviaristas” por parte de un gobierno abusivo.

Pero recordemos que no todo son élites. Hay también otros límites democráticos para ambos que constriñen la ruta autoritaria. Los dos llegarán al poder sin mayoría en el Congreso y tras una elección muy ajustada que los obligará a moderarse. Algo se han reforzado las instituciones en estos años, no son irrelevantes como en los ochenta y noventa. Y lo más interesante es que el ganador tendrá en el “partido” del perdedor una fuerza que balanceará su poder. En ambos casos el membrete de estos grupos políticos comienza a tener más peso para sus miembros y congresistas. A diferencia de otros partidos que son sumas de aventureros y cuyos líderes no hacen política fuera de tiempo electoral, tanto Keiko Fujimori como Ollanta Humala se quedarán haciendo política en el Perú y tienen capital político que ofrecer a quienes les sean fieles. Asimismo, ambos partidos podrían representar algunos sectores del territorio que balanceen el poder del gobierno central. El nacionalismo del sur y centro. El fujimorismo, Lima, Ica y el norte.

Es muy pronto como para saber si el perdedor tiene fuerza suficiente para constituirse en un límite real para el ganador. Mas es bueno recordar que la democracia no nace de buenas intenciones, sino de balance de poder, y tal vez estos dos poderes poco democráticos en sus antecedentes puedan controlarse mutuamente. Claro, una contienda abierta entre las dos fuerzas, si se sale de control, puede también ser muy dañina para el país.

De tomarse la ruta autoritaria, ¿se portarán las élites como predice mi argumento? Sinceramente seré el primero en alegrarme si mi tesis resulta falsa y este libro queda como un recuerdo del pasado. Espero que las élites actúen como un límite al ejercicio abusivo del poder, y no como segundones de líderes plebiscitarios. Que los empresarios limiten a una Fujimori en el poder, y que los intelectuales y líderes de izquierda que apoyan a Humala le reclamen respetar la democracia liberal. Pero la verdad, le tengo confianza a mi argumento.

Lima, mayo de 2011